

La memoria de las memorias

Julia Santibáñez Escobar

España. Un congreso itinerante. Un grupo de intelectuales. Una joven de 17 años. Este es el marco dentro del cual se desarrolla *Memorias de España: 1937*, de Elena Garro. Aunque cabría hacer algunas precisiones: se trata de la España que se desgarró a sí misma en una guerra civil, el congreso se proclamó antifascista, los intelectuales provienen de 27 países y la joven a través de cuyos ojos se nos ofrece el mundo es recreada a más de 50 años de distancia.

A ratos divertida, otros lenta por las frecuentes digresiones, siempre humana, reveladora de la cotidianidad de varios "grandes" de la cultura, la obra narra el viaje de varios meses de duración que la autora hizo acompañando a su entonces esposo Octavio Paz al II Congreso de Intelectuales Antifascistas. En el texto asistimos al traslado de la Garroniña a otro mundo, España, donde le espera lo desconocido: "Yo, sin saber cómo ni por qué, iba a un Congreso de Intelectuales Antifascistas, aunque yo no era anti nada, ni intelectual tampoco, sólo era estudiante y coreógrafa universitaria". Inmersa en aventuras pletóricas de peligros tales como bombardeos, espías, contrabandistas y traidores, "la rubita" sale airosa. Pero sus antagonistas, intelectuales insensibles y un esposo-poeta paradigma de la represión, parecen no contentarse más que con hostigarla: "¡Pequeñoburguesa!", "La única que puede soportarte es tu familia", "Inconsciente". A ratos la autora poblana nos contagia su agobio ante las innúmeras reprimendas de Paz: "Durante mi matrimonio siempre tuve la impresión de estar en un interinado de reglas estrictas y regaños cotidianos que, entre paréntesis, no me sirvieron de nada, ya que seguí siendo la misma" y más tarde se pregunta, empapada en un lamento: "¿Por qué me habré casado con este tipo?"

Sin embargo, la obra adolece de un maniqueísmo acendrado que por momentos le resta fuerza y verosimilitud. Los que pueden y merecen contar con la simpatía del lector son los niños (a decir de Garro, los "únicos" con los que le era posible entenderse) y los locos como Juan de la Cabada, niños disfrazados de hombres que ofrecen su amistad y protección en un ambiente adverso. Considero que tal tratamiento polarizado de actores obedece a un esfuerzo por repensar los sucesos desde la perspectiva de un hoy que idealiza-desidealiza el ayer. Retomo una entre-vista en la que Borges comenta una lección recibida de su padre sobre la memoria: ".../ me dijo: 'Creo que si recuerdo algo, por ejemplo, si ahora convoco la mañana de hoy, obtengo una imagen de lo que vi esta

mañana. Pero si esta noche pienso en la mañana de hoy, entonces lo que recuerdo realmente no es la primera imagen de la mañana. Con lo que cada vez que recuerdo algo, no recuerdo eso, realmente. Recuerdo la última vez que lo recordé, recuerdo mi última memoria de ello /.../ en cada recuerdo se produce una ligera deformación /.../.”¹ Es decir, como también apuntó Proust, la memoria reconstruye el pasado, lo reinventa. Teniendo esto en mente cabe preguntarnos hasta qué punto la víctima de oscuros intelectuales hostiles, la niña candorosa que compara la catedral de Gaudí con Walt Disney, es verídica o recreada. ¿Dónde se encuentra el límite entre los hechos de 1937 y la manera como Garro los ve en 1992? No tengo la respuesta pero creo necesario tomar una distancia crítica ante el texto y considerar la posibilidad de que una buena dosis de subjetivismo autojustificador lo permee. Tal situación sería por demás entendible a la luz de la situación por la que atraviesa una de las mejores escritoras de nuestro país: enferma, recién vuelta del exilio, injustamente olvidada por muchos de sus antiguos amigos y/o lectores y considerada “grave error de juventud” en la vida de “Paz”, Garro reinterpreta el mundo desde el desconuelo de su actualidad. Al insertar el texto en este contexto se evitarán posturas extremas a que puede remitir una lectura desprevénida.

Una de las delicias de *Memorias...* es la irreverencia gozosa con que, al presentarlos despojados de auras gloriosas, Garro desmitifica a intelectuales hispanoamericanos. En medio de la psicosis asfixiante de letreros que conminan “¡Silencio!” y del hambre que atonta, la “rusita blanca” encuentra a personajes de carne y hueso que se llaman León Felipe, César Vallejo, Tina Modotti, Alejo Carpentier, David Alfaro Siqueiros, Antonio Machado, entre otros. Por ejemplo, Pablo Neruda es el hombrón bueno, pasado de copas y de orejas perennemente sucias, Luis Cernuda el “inglés” que gasta sus días yaciendo en playas españolas, Miguel Hernández el muchacho de nariz chata y pantalón de pana que parte los melones con una navaja diestra, Juan de la Cabada el cómplice de disparates a quien Elena tiene que vigilar para que escriba su “Taurino López”. Y así vemos descender a otros muchos de los pedestales marmóreos en que les hemos colocado; son simplemente hombres y mujeres en la obra de Garro.

Mención aparte merece otro personaje. Si los demás actores de *Memorias...* son presentados como seres descendidos del Olimpo a la tierra, Silvestre Revueltas es quien habita el Hades. Perpetuamente borracho, el músico vive su tragedia de pobreza, engaño, abandono de parte de sus compañeros. Rehusándose a componer, siempre de muy mal humor, Revueltas cobra vida a través de la pluma de Garro y es posiblemente el personaje más dolorosamente humano y por lo mismo el más atractivo de la obra.

Pero es sin duda la camarada de espíritu inquieto e inquisitivo, la esposa poco ortodoxa que hace lo que le da la gana, la intelectual en ciernes que se enfrenta a un mundo donde se prohíben las preguntas, la niña que llora de miedo y extraña la Facultad de Filosofía y Letras, la heroína de la historia, es ella, la propia Garro, el personaje más seductor y quien nos lleva a repensar 1937 a través de su memoria, de sus *Memorias*.

¹ Emir Rodríguez Monegal, *Borges. Una biografía Literaria.*, FCE, México, 1987, /Tierra Firme/ pág. 95.